

EL PINTOR MATEO SALDAÑA

Por Manuel Romero de Terreros

De los pintores mexicanos que florecieron a fines del siglo XIX y en la primera mitad del actual, merece mencionarse, en primera línea, el nombre de Mateo Alfonso Saldaña, quien se distinguió especialmente en obras al óleo, sin desdeñar por eso la acuarela ni el dibujo a lápiz o con tinta.

Nacido el 2 de agosto de 1875 en Totaltiche, distrito de Colotlán, del Estado de Jalisco, hijo de don Miguel Saldaña y de doña Francisca Dosal, mostró desde sus primeros años gran afición a la pintura y, apenas había cumplido los dieciséis, cuando ejecutó sus primeros cuadros, muchos de ellos de "bodegones", o como suele llamárseles, vulgar aunque erróneamente, "naturalezas muertas".

Trasladado a la ciudad de México, cursó aquí sus estudios superiores y, terminados éstos, ingresó a la antigua Academia de Bellas Artes de San Carlos, en donde fue discípulo de Félix Parra, Santiago Rebull y otros profesores, pero predilecto del excelso José María Velasco; y compañero a la vez de Cleofas Almanza, Carlos Rivera y varios otros, que alcanzaron más tarde renombre en muchos aspectos del arte de Apeles.

Para recibirse oficialmente, ejecutó Mateo Saldaña un cuadro al óleo, que denominó "La vuelta del trabajo", con tal éxito que le abrió definitivamente la puerta de la cátedra de Maestro de Pintura en el renombrado plantel. Por cierto que esta pintura, que figura todavía en las Galerías de la Antigua Academia de San Carlos, representa un paisaje tomado del natural, pero inspirado, según él mismo nos refirió, de dos lugares distintos, la mitad tomada de una comarca, y la otra de sitio completamente distinto, combinación que resultó verdaderamente feliz.

Naturalmente, pintó Saldaña muchos cuadros, no solamente de interiores de edificios, como el claustro y el antecoro del antiguo Convento de Churubusco, sino principalmente, paisajes diversos de su antigua tierra natal de Colotlán, de muchos puntos de San Ángel, como Tizapán y Tlacopac; de Chapultepec y de varias otras comarcas del Distrito Federal, cuadros todos que fueron admirados en las exposiciones de la Academia de San Carlos.

La pintura de Saldaña acusa natural y principalmente, en cuanto a colorido, la influencia de don José María Velasco, pero en algunas de sus obras se deja ver, no sólo el aspecto más bien plateado de su maestro, sino también los tintes, digamos rojizos, de Eugenio Lande-sio, maestro por antonomasia del paisaje en México.

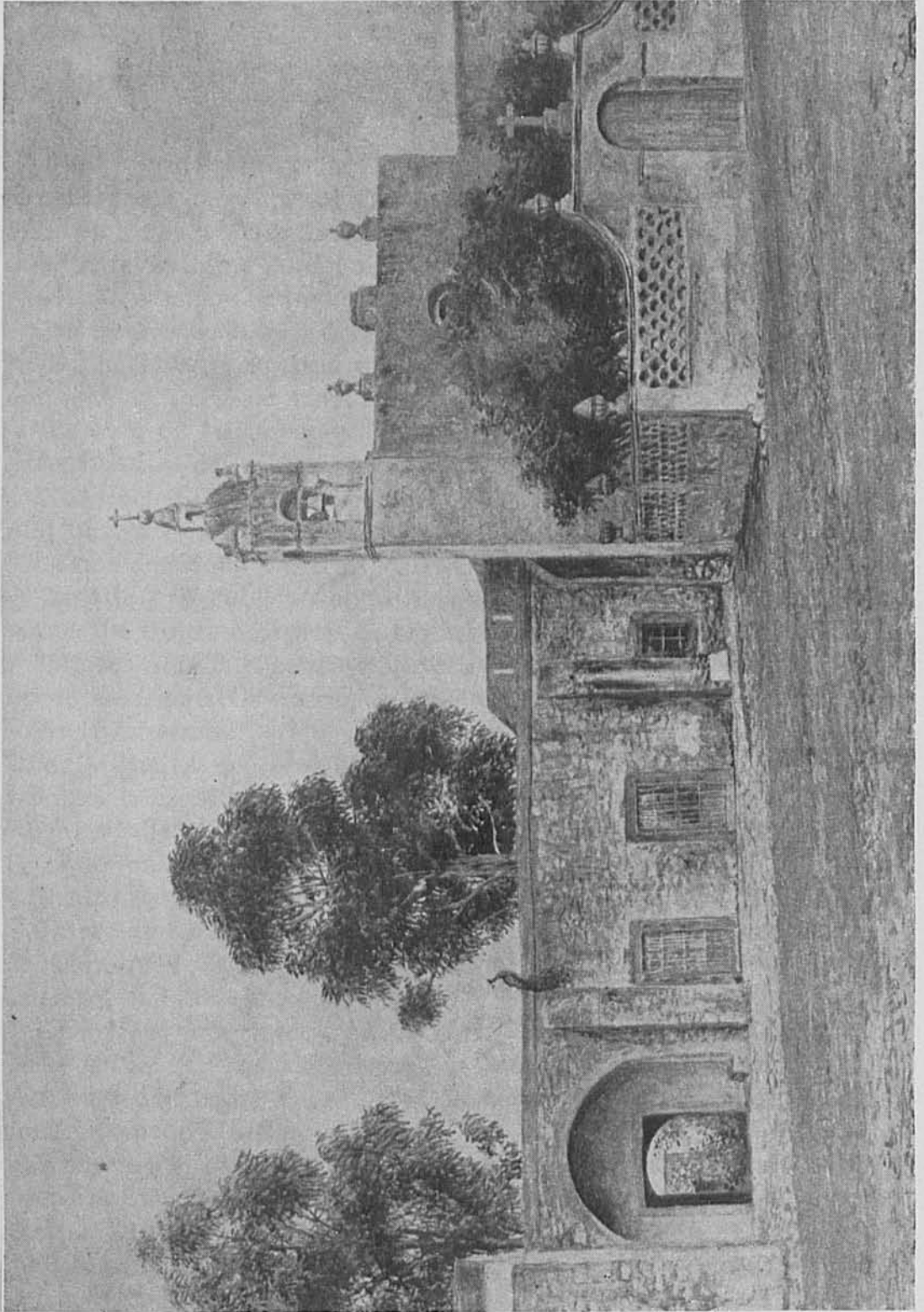
Cuando don José María Velasco, por razones que no viene al caso referir, dejó el puesto que ocupaba como restaurador de pintura en el Museo Nacional de Arqueología, Historia y Etnología, Mateo Saldaña fue llamado a sucederlo y, durante muchos años fue restaurador, no solamente de cuadros virreinales y del siglo XIX, sino aun de frescos antiguos y, muy especialmente, de códices prehispánicos. En esta última tarea se distinguió de manera extraordinaria, puesto que reprodujo muchos de dichos códices en "papel de amate", tan fielmente, que podían fácilmente confundirse con los originales, ya que reproducía fielmente, no sólo su dibujo y colorido, sino hasta el tinte del papel, las roturas y dobleces que en éste se veían y, en muchos casos, hasta las perforaciones de la polilla.

En tan loables menesteres trabajó Saldaña, como hemos dicho muchos años en su humilde estudio en la azotea del edificio de la calle de la Moneda, estudio en el cual, sin embargo, se conservaban algunas obras de mérito, entre ellas un magnífico retrato al óleo, de cuerpo entero, del Arzobispo fray García Guerra, firmado por Alonso López de Herrera, lo que nos dio la clave para establecer la identidad de este magnífico pintor con otras obras suyas, y esclarecer definitivamente la confusión que había habido, de tiempo atrás, con las obras de un artista inferior, Miguel de Herrera, que había sido llamado por error "el divino", siendo así que tal apelativo correspondía en realidad, desde fines del siglo XVII, a fray Alonso López de Herrera, autor de "La Asunción de la Virgen", "La Resurrección del Señor", y otras eminentes obras de la pintura virreinal.

El estudio de Mateo Saldaña era constantemente visitado por discípulos y amigos suyos, con quienes entablaba amenísima tertulia, sin interrumpir con ella su constante y atinado trabajo.

Saldaña firmaba sus producciones, a veces con su nombre y apellidos completos, pero más frecuentemente, sólo con sus iniciales M. A. S. dentro de un pequeño cuadro.

Mateo Alfonso Saldaña, hombre de profunda convicción religiosa y de vida intachable, terminó su cristiana vida en esta ciudad de México, el 31 de marzo de 1951.



1. Mateo Saldaña. *La hacienda de Xalpa*. Óleo. 1920.